

TANTEOS

1

En mi investigación hubo primero un comienzo en falso: esa escena que viví a los treinta años y nunca habría debido vivir, que no habrían debido vivir, por cierto, ninguno de sus protagonistas. Cada vez que quise mencionarla, conseguí convencerme de que aún era demasiado pronto.

Ya no es demasiado pronto, desde luego. Incluso casi se ha hecho tarde.

Era domingo, un domingo de verano, en un pueblo de la Montaña. Mi padre había muerto poco antes de amanecer y me habían encomendado la misión más aborrecible de todas: ir a ver a mi abuela para tenerle cogida la mano en el momento en que le anunciaran que acababa de perder a un hijo.

Mi padre era el segundo de sus hijos; y habíamos acordado que el mayor la llamaría por teléfono para darle la noticia. Contado así, todo parece muy normal. Con mi gente, la normalidad no es nunca sino mera apariencia. Por ejemplo, a ese tío,

que acababa de cumplir los sesenta y siete años, yo no lo había visto, antes de aquel verano, más que una vez en la vida...

Así que llegué durante la mañana; mi abuela me dio un abrazo largo, como siempre. Luego, claro está, me hizo la pregunta que yo temía:

—¿Cómo está tu padre esta mañana?

Llevaba la respuesta preparada; me había estado entrenando durante todo el trayecto:

—Vengo directamente de casa, sin pasar por el hospital...

Era rigurosamente cierto; y la más villana de las mentiras.

Pocos minutos después sonó el teléfono. En circunstancias normales, me habría apresurado a cogerlo para que mi abuela no tuviera que levantarse. Ese día me limité a preguntarle si quería que contestara yo.

—Si me acercases el aparato...

Lo cambié de sitio y descolgué para alargarle el auricular.

No podía oír lo que le decía su interlocutor, claro está, pero nunca olvidaré la primera respuesta de mi abuela:

—Sí, estoy sentada.

Mi tío temía que estuviera de pie y se fuera al suelo al oír lo que iba a decirle.

Recuerdo también la mirada que tenía cuando dijo: «Sí, estoy sentada». La mirada de un condenado a muerte que acaba de divisar, en lontananza, la silueta del patíbulo. Cuando pensé en todo esto, luego, me dije que seguramente era ella quien había recomendado a sus hijos que se asegurasen de que una persona estuviera sentada antes de darle una noticia arrasadora; y

cuando su hijo le hizo esa pregunta, comprendió que había sucedido lo peor.

Y entonces lloramos los dos, durante largos minutos, sentados juntos y cogidos de la mano.

Luego, me dijo:

—Creía que me iban a anunciar que tu padre se había despertado.

—No. Todo estaba ya acabado en cuanto se cayó.

Mi padre se había caído en la calzada, al lado de su coche, diez días antes. La persona que iba con él sólo oyó un «¡ah!» de sorpresa. Se desplomó, inconsciente. Pocas horas después, sonó el teléfono en París. Un primo me comunicó la noticia sin dejarme muchas esperanzas. «Está mal, muy mal.»

Volví a mi tierra en el primer avión y me encontré a mi padre en coma. Parecía dormir serenamente, respiraba y, a veces, movía la mano; costaba creer que ya no estaba vivo. Rogué a los médicos que volvieran a hacerle una exploración cerebral. Y luego otra. No valió de nada. Tenía un encefalograma plano; la hemorragia había sido fulminante. Hubo que resignarse...

—Yo aún tenía esperanzas —susurró mi abuela, a quien nadie hasta entonces se había atrevido a decir la verdad.

Regresamos en el acto al silencio, nuestro santuario. Mi gente habla poco, y despacio, y con un constante desvelo por la medida, la cortesía y la dignidad. A veces, a los demás les resulta irritante; nosotros ya estamos acostumbrados desde hace mucho y continuaremos transmitiendo esa costumbre.

No obstante, seguíamos firmemente cogidos de la mano. Mi abuela sólo me soltó para quitarse las gafas y limpiarlas con

un pico del vestido. Mientras se las estaba volviendo a poner, se sobresaltó:

—¿A qué día estamos hoy?

—A 17 de agosto.

—¡También tu abuelo se murió un 17 de agosto!

Fruunció el ceño con ese gesto que yo le había visto a veces. Luego, pareció volver de la rebeldía a la resignación y no dijo nada más. Le cogí de nuevo la mano y se la estreché. Teníamos el mismo luto en el corazón, pero no las mismas imágenes en la mente.

Ese día no pensé mucho en mi abuelo, ni tampoco en los siguientes, desde luego. Sólo tenía en la cabeza a mi padre, esa cara ancha, esas manos de artista, esa voz serena, ese Líbano suyo, esas tristezas; y, después, ese lecho postrero en que se durmió... Su desaparición era para mí, como para todos los míos, algo así como un cataclismo afectivo; el hecho de que «estuviera citado» con su propio padre en una fecha fija sólo movió, a las personas a quienes se lo comenté a la sazón, a una reflexión breve y trivial acerca de las ironías del destino y las insondables decisiones del cielo.

Eso es todo. Fin del episodio.

Debería haber venido luego una segunda parte. No vino. Debería haber dado pie, antes o después, a mi abuela para entablar una larga conversación acerca del que había sido el hombre de su vida; pero murió cinco años después sin que hubiéramos vuelto a tocar el tema. Cierto es que ya no vivíamos en el mismo

país; yo me había afincado ya en Francia y ella no volvió a salir del Líbano. Pero regresaba de vez en cuando, para verla, y habría podido dar con una oportunidad para hacerle preguntas. No lo hice. Honradamente, no volví a acordarme de ello, sin más.

Una extraña forma de comportarme, que seguramente podría explicarse en la jerga de los exploradores de almas, pero que me reprocharé hasta la muerte. Yo, que soy por naturaleza enredador; yo, que me levanto cinco veces de la mesa durante la comida para ir a comprobar la etimología de una palabra, o la ortografía correcta, o la fecha de nacimiento de un compositor checo, ¿cómo pude carecer tan lamentablemente de curiosidad en lo referido a mi propio abuelo?

Y, sin embargo, desde pequeño me habían contado de él —que se llamaba Botros— muchas historias que habrían debido arrancarme de mi indiferencia.

Ésta en especial. Un día, uno de sus hermanos, que vivía en Cuba, tuvo problemas muy serios y empezó a escribirle cartas angustiadas en las que le suplicaba que acudiese raudo en su ayuda. Las últimas misivas llegaron a la patria con las cuatro esquinas quemadas, como señal de peligro y extremada urgencia. Entonces mi abuelo dejó su trabajo para embarcarse; y durante los cuarenta días de barco aprendió el español, de forma tal que, al llegar, pudo intervenir ante los tribunales y sacar a su hermano del mal paso.

Llevo oyendo esa historia desde que nací; y nunca intenté averiguar si era algo más que una leyenda fanfarrona, como esas que perviven en tantas familias; ni cómo concluyó la aventura cubana de mi gente. No lo he sabido hasta ahora.

También me decían: «Tu abuelo era un gran poeta, un pensador valiente y un orador inspirado. Acudían de muy lejos

para oírlo. ¡Por desgracia se han perdido todos sus escritos!». Y, sin embargo, en cuanto me propuse buscar esos escritos, ¡los encontré! Mi abuelo lo tenía todo reunido, fechado, con cuidada caligrafía; hasta el final de sus días estuvo mirando por sus textos, siempre quiso darlos a conocer. Pero murió inédito, igual que otros mueren sin testar, y siguió siendo anónimo.

Otro rumor persistente: Botros nunca quiso bautizar a sus hijos; no creía ni en Dios ni en el diablo; y no tenía empacho en decirlo a voces; fue un escándalo continuo en el pueblo... Tampoco en este aspecto intenté en serio saber cómo habían sido los hechos. Y en mi familia tenían buen cuidado de no mencionarlo.

¿Me atreveré a confesar, además, que pasé toda la juventud en mi tierra sin haber ido ni una vez a poner flores en la tumba de mi abuelo, sin haber sabido nunca dónde estaba y sin haber tenido siquiera la curiosidad de buscarla?

Tendría otros mil motivos para exclamar: mea culpa. Pero ¿para qué? Baste con decir que es muy probable que hubiera seguido para siempre anclado en la misma ignorancia si el camino de mis mayores no hubiera dado un rodeo para cruzarse con el mío en el mismísimo París.

2

Tras este comienzo en falso —¡pero años después!— hubo otro, un comienzo de verdad. No fue mérito mío, o lo fue muy poco. Debí de manifestar, tras la desaparición de mi padre, el deseo de conocer mejor esos episodios del pasado de la familia; debí de hacer a algunos familiares próximos siete u ocho preguntas de más acerca de mi abuelo o de otros ascendientes. Pero nada que tuviera que ver con esa obsesión rabiosa que se apoderaba de mí a intervalos regulares cuando me dedicaba a mis auténticas investigaciones. Como si, en cuanto estaban en juego mis propios orígenes, recobrase esa placidez hereditaria y la estéril dignidad del silencio.

El mérito, todo el mérito, le corresponde a ese amigo diplomático que me preguntó un día, en un quiebro de una conversación, si no tenía nada que ver con cierta autoridad cubana que se apellidaba como yo.

Hice que me lo repitiera. ¿Arnaldo? No, ese nombre no me sonaba de nada. Pero le dije, de pasada, que antaño había tenido parientes en La Habana. Y fue como si en ese

mismo instante me enterase yo de ello por mis propios labios.

Conocí a Luis Domingo en Beirut a principios de la década de los setenta; yo era un periodista joven y él un diplomático joven de la embajada de España. Desde esa época no hemos vuelto a vivir en la misma ciudad, pero no nos hemos distanciado.

Siempre que pasaba por París, quedábamos para deambular mucho rato, locuaces, por las calles, normalmente hasta el amanecer, recordando, especulando, volviendo a inventar el mundo, volviendo a inventar sobre todo el destino del Líbano, pero también el de Cuba, en donde estuvo mucho tiempo destinado Luis Domingo y cuyo porvenir le preocupaba; sin embargo, ni una sola vez se me ocurrió mencionar ante él la aventura cubana de mi familia.

Y seguiría sin mencionarla, por cierto, de no haberme impulsado a ello insistentemente mi amigo aquella noche. Bajo el fuego graneado de sus preguntas, me esforcé en recopilar todos los retazos de historias que me habían ido llegando con el correr de los años; y descubrí de esa forma, no sin asombro, que tenía ya en la memoria líneas de puntos de trayectorias completas...

Me referí primero, muy ufano, al viaje de mi abuelo a La Habana, a su hazaña lingüística sobre todo y a su alegato victorioso ante los tribunales.

—¿Era abogado?

—Que yo sepa, era profesor, y director de escuela; pero es de suponer que también había cursado estudios de derecho.

¡La verdad es que no tenía ni idea!

—¿Y su hermano?

—Se llamaba Gebrayel, que es entre nosotros el equivalente de Gabriel. Era un hombre de negocios; hizo fortuna en la isla, en donde, al parecer, albergaba grandes ambiciones políticas. Pero se granjeó enemistades y acabó por morir en circunstancias misteriosas.

—¿En qué año?

—Allá por 1900, o en los años veinte, no estoy muy seguro.

—A lo mejor quedan hijos suyos en Cuba; o nietos...

Y aquí también tuve que admitir que no tenía ni la más remota idea.

Más entrada la noche, me acordé de una leyenda familiar que estuve a punto de contarle a Luis Domingo, aunque di marcha atrás. Temía que mi amigo se mostrase claramente incrédulo, e incluso un tanto desdeñoso, si sospechaba que yo me la creía. Ambos solíamos burlarnos de las cosas irracionales y de quienes eran aficionados a ellas; y aquel episodio estaba claro que no encajaba en nuestras comunes convicciones.

Esa leyenda se refiere a otro hermano de mi abuelo, sacerdote de la Iglesia melquita, que había tomado el nombre de Theodoros al profesar. Llevó toda su vida un diario íntimo con maniática regularidad: escribía las páginas cotidianas de la misma forma que leía el breviario, a hora fija. Las fechas y los encabezamientos de los capítulos iban en tinta roja y el texto en tinta negra.

Una noche, cuando estaba sentado ante su diario, se le rajó de pronto uno de los tinteros y cuentan que un delgado hilillo

rojo corrió por la mesa y, luego, por la hoja de papel. El sacerdote, aterrado, lo siguió con la vista; se le había hecho un nudo en la garganta y ya no le obedecían los miembros. Al cabo de un momento, se recobró y volvió a tomar la pluma para referir el incidente; anotó el día y, luego, sacó el reloj de bolsillo, tirando de la leontina, para añadir la hora. Las agujas se habían parado.

El tío abuelo Theodoros vivía por entonces en un monasterio de la Montaña; salió de la celda, llamó a los demás religiosos que residían allí y les pidió que vinieran a rezar con él.

¿Es preciso añadir que sucedió luego lo que siempre sucede en las historias que empiezan así? A saber, que, varios meses después de este incidente, una carta llegada de Cuba le anunció que Gebrayel había muerto a la hora exacta en que se le había rajado el tintero de tinta roja a su hermano...

¡Que nadie me pregunte si creo en ese prodigio! No lo sé... Es probable que no... Tengo siempre tras la espalda al ángel de la razón, que me sujeta por los hombros. Lo que es seguro, en cambio, es que Theodoros siempre contó esta historia, hasta la muerte, y que cuantos la oyeron la creyeron.

Esa noche, antes de separarnos, Luis Domingo me preguntó si no quería «darle señales de vida» al primo Arnaldo de La Habana, mandarle algún recado; él se las arreglaría para hacerlo llegar. Así que me fui a mis estanterías a buscar un libro en castellano que hablaba de la Antigua Tierra y mencionaba bre-

vemente a nuestra familia; añadí a mano unas cuantas líneas corteses y lo puse en manos de mi amigo con la sensación de que estaba lanzando no una botella al mar, sino una piedra al pozo de los fantasmas.

3

La noche siguiente me pasé el cotidiano insomnio dándole vueltas a la conversación y, por la mañana, quise saber algo más de aquel tío abuelo que había ido a extraviarse y a morir en esa isla lejana...

No era precisa investigación alguna; sólo pretendía llamar a una prima de Beirut, que tenía ochenta y nueve años y una memoria límpida aún, para hacerle unas cuantas preguntas sencillas que, hasta el momento, no se me habían pasado nunca ni por la imaginación ni por los labios.

Y, antes de nada, ¿sabía acaso en qué año había muerto Gebrayel?

«Pues no exactamente», reconoció Léonore. Recordaba que a finales de la Primera Guerra Mundial, cuando la familia pudo volver a recibir cartas, se enteró de la desaparición de varios parientes nuestros que estaban en América. Uno de ellos era Gebrayel... «De muerte violenta, sí, pero que no tuvo nada que ver con la guerra. Un accidente...»

En cambio, mi madre, a quien llamé inmediatamente después de hablar con Léonore, sacó a relucir la otra hipótesis, que sigue siendo la más extendida entre los nuestros: «¡Un atentado! Eso fue lo que tu padre me dijo siempre. Un sabotaje, o algo por el estilo...».

Esos breves cambios de impresiones ocurrieron en el mes de junio. Poco después, mi madre se fue de vacaciones. Desde hacía alrededor de veinte años tenía la costumbre de pasar el invierno en Francia y el verano en el Líbano, de la misma forma que antes pasábamos el invierno en Beirut y el verano en el pueblo.

Cuando volvió a París en septiembre, me anunció que se había traído algo que iba a interesarme: cartas; cartas de «aquellos tiempos».

—Me las había dado a guardar tu abuela, con otras cosas. Me dijo: «¡Sé que tú las cuidarás!». Como me habías estado haciendo preguntas, busqué un rato para revolver un poco entre todos esos papeles. No fue fácil. ¡Hay una maleta llena!

—¿Una maleta llena de documentos? ¿En casa?

—Sí, en el armario empotrado grande de mi cuarto. Cartas, fotos, cuadernos, recortes de periódicos, recibos, actas notariales... Tenía intención de ordenarlo un poco, pero tuve que cambiar de idea, era demasiado complicado, lo he dejado todo como estaba. Sólo te he traído estas cartas porque son de Gebrayel.

¡De Gebrayel!

Solté un alarido, pero un alarido interior, del que no se notó nada, creo, salvo un leve temblor de los labios.

Mi madre sacó las cartas del bolso para alargármelas. Sin solemnidad alguna, como si fuera el correo de la víspera.

Tres cartas. Las tres echadas al correo en La Habana, en 1912. En un abrir y cerrar de ojos, Gebrayel dejó de ser para mí una figura fantasmal ya desvanecida en un pasado inconcreto. Ahora tenía en las manos páginas de su puño y letra, su acento, su aliento, su sudor. Iban dirigidas a mi abuelo, que las había conservado y se las había dejado, luego, a su viuda, que se las había entregado a su nuera, quien, con ese ademán de tendérmelas, las ponía a mi cargo.

Sostuve las cartas en horizontal encima de las palmas abiertas, les di la vuelta, una tras otra; las sopesé, después, durante mucho rato, encantado de comprobar que pesaban y abultaban pero sin atreverme aún a sacar las hojas de los sobres.

Hasta la mañana siguiente, en la serenidad de mi biblioteca y con las puertas cerradas, encima de una mesa de madera, tras despejarla primorosamente de todos los estorbos y limpiarle primorosamente el polvo a continuación, no me sentí en condiciones de hacer hablar a esos frágiles testigos.

Desdoblé las cartas y las coloqué ante mí, sin brusquedad. Y, antes de leerlas a fondo, empecé por recorrerlas con ojos Perezosos, espigando acá y allá algunas frases:

Desde La Habana, a 25 de abril de 1912, a mi hermano Botros. Que el Señor lo guarde y me permita volver a verlo en perfecta salud...

Ojalá la Gracia divina nos inspire aquello que pueda poner fin a nuestra dispersión y extinga así en nuestros corazones los padecimientos de la distancia...

El mes pasado estuve constantemente enfermo y tuve que salir de La Habana durante varios días para recobrar las fuerzas. Por lo demás, tengo decidido irme a vivir una temporada a la orilla del mar, muy cerca del castillo del Morro, para alejarme del trabajo y respirar aire puro...

Las preocupaciones de mis negocios se han vuelto demasiado agobiantes para mi cabeza, que es la de un hombre vulgar e incluso algo más que vulgar...

Tengo, por fin, que rogarte que disculpes mi estilo, tan tedioso, y todas las faltas en que ya te habrás fijado seguramente en estas páginas; debes saber que se me ha olvidado el árabe, que, además, aprendí muy mal de joven...

La humildad del tío abuelo cubano, que iba más allá de la cortesía de la época y de las fórmulas epistolares al uso, no podía sino conmoverme. No obstante, tenía también ante los ojos otra realidad, palpable, omnipresente: su ferviente deseo de aparentar, que quedaba claro en cuanto se les echaba la vista encima a los sobres. En el centro destaca su nombre completo, en letras azul marino de gran tamaño con iniciales sombreadas; en otros seis lugares, con un cuerpo menor, que a veces no se puede leer sin lupa, el mismo nombre o sólo las iniciales; por todas partes pone Gabriel y hay letras G y letras M; en la esquina superior izquierda, incluso, están dibujadas esas iniciales como lianas que ciñen el globo terrestre.

No pude evitar una sonrisa, pero enternecida. Nuestros antepasados son niños; por un agujero de la pared miramos cómo juegan en su cuarto, y ellos no pueden vernos.

¿Cómo reprochar a Gebrayel que deseara enseñarle al mundo entero, y en primer lugar a sus parientes, hasta qué punto había triunfado? Cuando se dirigía a su hermano Botros, mayor y claramente más instruido, se esforzaba por hacerse diminuto y muy humilde, por disculparse de su incultura. Pero, acto seguido, volvía a presumir, a pavonearse, sin calibrar nunca el efecto que sus palabras podían causar a los que se habían quedado en el pueblo, se las veían y se las deseaban para que les llegase el dinero y llevaban a costas el peso de deudas e impuestos. ¡Quejarse de que tenía que llevar demasiados negocios! Y, ante todo, permitirse escribir como quien no quiere la cosa:

En lo referido a la aduana, explícales bien a mis proveedores que no tienen que preocuparse de nada. Que me manden todas las mercancías que les parezca sin hacer demasiadas preguntas y sin molestarse en modificar las facturas: aquí me hacen pagar lo que yo estoy dispuesto a pagar, y si no me apetece pagar nada, no pago nada...

Pero había algo aún mejor, o aún peor:

Tengo intención de comprar pronto la casa que el gobierno mandó construir hace ocho años para el general Máximo Gómez. Está en el cruce de las avenidas Prado y Monte. Enfrente están edificando el palacio nuevo del gobernador; y detrás, muy cerca, estará la estación de ferrocarril que va a unir la capital al resto de la isla...

Como no sabía quién podía haber sido ese general, me fui a indagar en los libros y descubrí que Máximo Gómez era a la sazón —y sigue siendo— en Cuba una figura de considerable importancia. Había nacido en Santo Domingo y abrazó la causa de los cubanos que luchaban por la independencia, llegando incluso al rango de comandante en jefe de los ejércitos revolucionarios; tras la derrota de los españoles en 1898 y el nacimiento de la joven república, Gómez habría podido desempeñar un papel relevante; pero, quizá porque era de origen extranjero, le pareció que tenía que volver a ser un ciudadano de a pie; vivió a partir de entonces retirado, sin cargos oficiales, pobre pero unánimemente venerado. En 1904, el gobierno decidió construirle, como testimonio de agradecimiento, una soberbia mansión sita en el centro de la capital, pero murió el año siguiente sin haber tenido tiempo de mudarse a ella.

Que mi tío abuelo Gebrayel hubiera podido codiciar esa misma casa parecía dar pábulo a las leyendas más insensatas. Tanto más cuanto que no se trataba de un impreciso deseo, de lo que queda constancia en este telegrama en inglés enviado desde La Habana a Beirut el 25 de octubre de 1912, a la dirección de un amigo librero y cuyo original estaba metido en uno de los tres sobres:

*INFORMAR BOTROS COMPRA CASA GÓMEZ SETENTA MIL ARRE -
GLAR VENIDA DETALLES CARTA GEBRAYEL*

Y, de hecho, aquí está la carta, que lo confirma:

Te mandé ayer a la dirección de nuestro amigo Badur un telegrama en que te digo que acabo de comprar

el edificio del que te había hablado en otras cartas. Se inscribió en el registro esta semana y a partir de mañana, si Dios quiere, empezaré las obras de reforma... En ese telegrama te pedía también que vinieras a Cuba lo antes posible...

Lo poco de lo que ya me había enterado me tranquilizaba: los míos no habían andado fantaseando. Casi me avergoncé de que se me hubiera ocurrido que podían haber hecho tal cosa; no son éstos los usos de la familia, que peca de excesivamente callada y —¿a qué negarlo?— de cierta tendencia al disimulo, pero a quien no le suele agradar fanfarronería alguna.

Así que el tío abuelo de América había existido de verdad. Y era cierto que se había hecho rico. Lo cual no quería decir que se confirmase la historia que me habían contado en la infancia. E incluso parecía todo lo contrario; en esas cartas, por lo que llevaba visto en una primera lectura, no daba la impresión de que Gebrayel tuviera problemas ni con los tribunales ni con el servicio de aduanas; se lo veía eufórico, boyante y conquistador, y no veía yo qué motivos podría haber tenido mi abuelo para cruzar medio mundo en su ayuda.

Me prometí leer esa correspondencia con mayor detenimiento. Muchas palabras no eran ya sino manchas informes de tinta parda en las que los caracteres apenas si se diferenciaban;

en otras zonas, era el papel el que había sucumbido, como si el tiempo hubiera destilado en él un ácido pernicioso. Con paciencia y suerte, no cabía duda de que al final descifraría lo esencial, o lo intuiría. Pero estaba resignado a la opacidad de algunos párrafos.

¿Fue en realidad tras esas cartas y esa llamada cuando se embarcó mi futuro abuelo rumbo a Cuba?

La primera de las tres, enviada desde La Habana el 8 de mayo de 1912, llegó a Beirut el 2 de junio, de lo que da fe un matasellos en la parte de detrás; otra mano, probablemente la de Botros, escribió en árabe a lápiz en el sobre, arriba: *Tájawab aleih*, que quiere decir: «Se contestó».

En la otra carta se han borrado los matasellos, pero debió de llegar muy seguida porque está escrita el 19 de mayo de 1912; en el redondel de tinta en el que aún se vislumbra la H de Habana, pero poco más, la misma mano escribió a lápiz la misma frase: «Se contestó».

En la tercera, sólo puede leerse ya la fecha de envío: 28 de octubre de ese mismo año. Podemos suponer que Botros la recibió a finales de noviembre o principios de diciembre; pero nada indica que contestara.

¿Quizá porque había salido ya hacia Cuba, como se lo pedía insistentemente su hermano?

De repente sentí deseos de saber la respuesta en el acto, unos deseos incontenibles, uno de esos deseos que he aprendido a temer, al igual que tememos algunas tentaciones de la carne, pero que son el inicio de todas mis pasiones, de mis ebriedades, de mis excesos.

Sólo una persona podía aclararme las cosas: Léonore. Pero seguramente era preferible esperar al día siguiente. En mi reloj de pulsera eran ya las cuatro de la mañana; no sabía si en Beirut serían las cinco o las seis; en cualquier caso, era demasiado temprano, incluso para la prima octogenaria.

Me razoné lo anterior y, luego, marqué el número. Como si esa parte de mí que razonaba acabase de terminar el turno y otra parte diferente la hubiera relevado.

Tras tres timbrazos, Léonore descolgó y exclamó, sin más «¿diga?» ni más nada:

—¡Primero júreme que no ha sucedido una desgracia!

No parecía hablar una voz amodorrada. ¡Menos mal! Pero se la notaba nerviosa y preocupada. Le juré, muy obediente, que no había sucedido ninguna desgracia y no añadí nada más.

Respiró ruidosamente.

—¡Alabado sea Dios! Ahora ya puede hablar, lo escucho. ¿Quién es?

No me había conocido la voz. Le dije quién era, que la llamaba desde París y que albergaba la esperanza de que no me guardase rencor por haberla sobresaltado. Suspiró:

—Siempre has sido un impaciente tremendo, igual que tu padre.

No era un reproche grave, sólo una broma. Mi padre era su primo preferido y, gracias a él, yo también tenía, hiciera lo que hiciera, un lugar en el corazón de Léonore. A continuación vinieron todas las palabras tiernas que solíamos decirnos.

Luego añadió:

—Pero no debería ponerme a charlar con lo lejos que estás. Las llamadas salen caras y debes de tener algo urgente...

Me permití una breve pausa para no enlazar con esa última palabra. Y luego le pregunté si no se acordaba, por casualidad, de en qué año había ido mi abuelo a Cuba, a ver a Gebrayel.

En la otra punta del hilo, un silencio, una respiración lenta y, a continuación:

—Desde luego, hay que ver qué cosa tan urgente.

Añadí, balbuceando, otras tres palabras ininteligibles...

—No digas nada, déjame pensar... Pues no, no tengo ni idea. Y me parece que nunca lo he sabido. Sí que me dijeron que Botros había ido a ver a su hermano a Cuba y que en el barco aprendió...

—¡Aprendió español, sí, eso ya lo sabía! ¿Y qué más?

—¡Pues nada más! ¡Por más vueltas que le doy a esta pobre cabeza mía tan vieja no me acuerdo de nada, de ninguna fecha, ¡lo siento!

Le pregunté entonces si se le ocurría quién podría darme esa información en la familia.

Se tomó un rato para pensárselo.

—¡No! ¡De los que están vivos, nadie!

Me llegó entonces desde la otra punta del hilo una risa amarga a la que me sumé cortésmente antes de colgar. Me pasé el resto del día haciéndome reproches por haber dejado que desaparecieran todos los mayores de la familia, uno tras otro, sin haberme molestado nunca en recoger sus palabras. Y prometiéndome que no volvería a coincidir con alguno sin hacerlo hablar largo y tendido.

Tras consumir la etapa de los remordimientos, llegué a la conclusión de que Léonore me había indicado quizá, sin pre-

tenderlo, la única vía que me quedaba expedita: puesto que ya no servía de casi nada hacerles preguntas a los vivos, se las haría a los muertos. Al menos a los que me habían dejado testimonios. ¿Acaso no había en el armario de mi madre toda una rumorosa maleta con sus voces?

Si hubiera sido una persona lógica, debería haberme metido en el primer avión para ir al encuentro de los documentos que me estaban esperando. Me lo había prometido, e incluso le había anunciado mi intención a mi familia más próxima, pero no por ello había dado ese paso. Siempre me costó mucho tomar una decisión así. Pocas veces vuelvo al país de mis orígenes, y sólo cuando las circunstancias me fuerzan a ello.

¿Quiere eso decir que no echo de menos mi Montaña? ¡Sí, claro que la echo de menos, bien lo sabe Dios! Pero hay relaciones amorosas que funcionan así, en clave de nostalgia y alejamiento. Mientras se está en otra parte, se puede maldecir la separación y vivir con la idea de que bastaría con acercarse. Pero al llegar, los ojos se abren: la distancia amparaba el amor, y si abolimos la distancia corremos el riesgo de abolir el amor.

Y por eso desde hace muchos años cultivo la lejanía como si regase unas flores tristes en la ventana.

Pero, no obstante, a veces regreso a mi Montaña. Casi siempre con motivo de la desaparición de un ser querido que ha

muerto en su tierra o ha muerto en el destierro pero no habría logrado entender un nuevo destierro en una sepultura extranjera. Vuelvo entonces y hundo otra vez los pies en los senderos de los orígenes y lloro sin disimularlo como si sólo estuviera llorando a los difuntos.

Lo mismo volvió a pasar en esta ocasión. Una persona de la familia había fallecido en París. Le preocupaba demasiado el bienestar de los demás para exigir que la llevaran a su pueblo, pero seguro que eso era lo que había deseado. Así que la embarcamos en su postrera travesía para que pudiera descansar junto a sus padres, a su hermana, que murió joven, a sus hermanos, y no lejos de quien había sido su marido.

Tras esos días de duelo, sentí la necesidad de ir a recogerme por fin, tras tantos años de indiferencia, ante la tumba de mi abuelo.

En mi pueblo nunca hubo cementerio. Las sepulturas se hallan desperdigadas entre las casas, a veces sobre algún promontorio, a veces en un olivar —como sucede con la de mi padre—, en un viñedo en terraza o bajo un árbol centenario. Hay también tumbas muy antiguas excavadas en las rocas y que han despertado el interés de los arqueólogos...

En lo tocante a mi abuelo, me afirmaron que lo habían inhumado cerca de su casa, en un campo de moreras, y no me dieron más detalles. Fui, pues, en busca de su sepultura con dos ancianos del pueblo que lo habían conocido de pequeños y habían asistido antaño a su entierro, y me indicaron una fila de tumbas antiguas diciéndome que «probablemente» era una de esas. Que yo pretendiera saber cuál exactamente les parecía loable, pero excéntrico y, la verdad, una fantasía de emigrante.

La presencia de esos ancianos, en vez de tornar más palpable el recuerdo del abuelo, ponía sobre esa peregrinación algo así como una flotante nube de irrealidad. La escena tenía su chispa y, en otras circunstancias, podría haber parecido graciosa. Pero aquel día ese «emigrante» en que me había convertido yo lo que menos quería era que lo distrajesen de las tardías emociones que había venido a cosechar; a veces la vida se muestra falta de tacto y saca a relucir sus extravagancias en el peor momento, cuando no nos apetece en absoluto sonreír.

Mis acompañantes eran hermanos, ambos solteros; cuando vivía en la comarca los distinguía perfectamente, pero con la edad se habían vuelto idénticos. En mi recuerdo, ni siquiera se parecían. Además, habían ido por derroteros divergentes. El mayor, que contaba noventa y cuatro años en nuestro último encuentro, era un intelectual que nunca había trabajado con las manos y un ex emigrante; había vivido en varios países, ora en Italia, ora en Francia y también en Argentina, creo, y mucho tiempo en Egipto, cuyo acento conservaba.

El pequeño, en cambio, nunca salió del pueblo, en donde fue toda la vida el más hábil de los albañiles. Y lo más seguro es que no le habría gustado que yo lo mencionara en pasado, ya que se vanaglorió ante mí de dirigir todavía obras a los noventa y un años y acarrear piedras. Se había puesto en persona el apodo de «Chitân», que, literalmente, quiere decir «Satanás», aunque en nuestra tierra tiene más bien el sentido, más flojo, de «Diablo»; asegura que charla todos los días con «el otro», con su homónimo, y nadie en el pueblo le da a la cosa mayor importancia, salvo dos o tres viudas beatas a quienes no les agrada que se bromea con esas cosas. Nuestro «Chitân», por lo demás, gusta de decir que es inmortal y lo demuestra con el

hecho de que está como una rosa cuando ya le falta poco para cumplir los cien, mientras que a los veinte estaba siempre pachucho.

El mayor no tiene apodo. Todo el mundo lo llamó siempre, con gran respeto, *ustaz* Eliya, el tratamiento habitual para los profesores, los abogados y las personas cultas en general. Digno, sereno, un tanto ceremonioso, siempre primorosamente ataviado y con un chal por los hombros, habla, despacioso y circunspecto, un árabe cuidado, literario, próximo a la lengua escrita, mientras que el menor vocifera sin tregua palabras provocativas y en ocasiones, incluso, soeces en un dialecto aldeano tan cerrado que no tiene ya sino un leve parecido con el árabe.

Me habría gustado hacer la peregrinación sólo con el mayor, tras enterarme de que había sido alumno de mi abuelo. Pero, con la edad, los dos hermanos se habían vuelto inseparables y tuve que aceptar la presencia del joven diablo nonagenario, que me increpó con voz guasona mientras nos acercábamos a la hipotética sepultura de mi antepasado:

—Llevas demasiado viviendo en el extranjero y se te ha olvidado que aquí no visitamos a los muertos. Además, yo, si me muriera un día, tendría una reserva de piedras para tirárselas a la cara a quienes se atrevieran a acercarse a mi tumba.

El mayor le lanzó una mirada de enfado y el chiquillo calló para dejarlo hablar.

—No le falta razón a mi hermano. Tú llevas viviendo demasiado tiempo en Francia, en donde todos los pueblos tienen su cementerio con estelas en las que constan uno por uno los muertos de todas las guerras. Aquí todas las familias tienen un hijo enterrado en Beirut, otro en Egipto, otro en Argentina o en Brasil o en México, e incluso algunos en Australia o en Es-

tados Unidos. Nuestro sino es estar tan desperdigados en la muerte como lo estuvimos en vida.

—Si a mí me meten en la tierra —siguió diciendo el menor—, volveré a salir convertido en serpiente para asustar a las mujeres.

Pero su hermano lo cogió del brazo para alejarse un poco, ampararse de la lluvia y del viento y dejarme unos momentos a solas ante mi abuelo.

De hecho, llovía cada vez más y el suelo se iba convirtiendo en barrizal bajo mis pies, lo que, no obstante, no me incitó a irme también a buscar refugio. Antes bien, me resultaba casi reconfortante padecer las inclemencias: «le» debía al menos esa leve mortificación para expiar tantos años de olvido y dejadez. Así que allí me quedé, muy tieso, con la cara chorreando de gotas de lluvia que habrían podido ser lágrimas.

Tras prolongados minutos, me alejé despacio. Durante esa breve peregrinación no recé, pero le hice a mi abuelo una discreta promesa...

Al alejarme, empapado, sentí la necesidad de quedarme en el pueblo para encerrarme a solas en la casa de mi infancia. Así que pedí que me dejaran en la puerta y empecé a buscar entre el manajo de llaves cuál abría la cerradura nueva colocada tras la última guerra local y los últimos saqueos. Tuve que probar tres o cuatro antes de acertar. Hacía frío en ese final del día, la lluvia caía y el viento soplaba a más y mejor; el pueblo no era así en mi infancia; también es cierto que no solía venir en invierno. Pero me gustó; habría tolerado peor que todo se pareciera aún al entorno en que fui dichoso y que lo único que faltase fuera mi dicha.

6

Tras echarle a la puerta de la casa familiar dos vueltas de llave, noté, sin poder evitarlo, una cálida sensación de bienestar. Aún no había caído la noche y por el ventanal del cuarto de estar entraba una luz sonrosada. Volví a encontrarme con dos sillones Morris muy viejos y gemelos, con almohadones rojos, con los que estaba antaño muy encariñado, pero que tenía olvidados desde hace tiempo. Cambié uno de sitio para sentarme de cara al mar, lejano y bajo, pero que habría divisado en el horizonte si el horizonte no hubiera estado entrado en nubes.

Allí me quedé, quieto, sin notar el frío húmedo, con la mirada perdida y, a ratos, con los ojos cerrados. Hubo un tiempo en que para mí el porvenir era inseparable de este sitio. ¡Pensaba que nunca podría soportar la vida lejos de este país, lejos de este pueblo, lejos de esta casa! No descartaba del todo ir a pasar unos meses a Francia o a Norteamérica si me apetecía en algún momento. Pero de ahí a afincarme en otro sitio... ¡ni hablar!

No cabe duda de que en mi dilatada familia existió una propensión a marcharse; pero el fenómeno se limitaba a los

tíos, los primos y los tíos abuelos. Mis ascendientes directos —mi padre, mi abuelo y cuantos los habían engendrado— nunca se habían apartado de aquellas piedras suyas. Y así era, por lo demás, como nos había correspondido aquella casa: nos la habíamos ganado porque no nos habíamos ido. Ahora es mía, toda mía; y es posible incluso que los habitantes del pueblo la llamen con mi nombre.

Pero ya no vengo. En los últimos veinte años no he dormido en ella ni una noche y pocas veces la he pisado. La última fue hace siete u ocho años. Me acompañaban muchas personas; entraron todas conmigo, la recorrieron y volvieron a salir en el acto; yo también. Tuve la sensación de haberme estado buscando de una habitación a otra y no haberme encontrado.

En esta nueva visita, estaba solo. Y decidido a no tener prisa, a que no me echasen de allí ni el frío, ni el hambre, ni ninguna melancolía.

Cuando la luz se fue del cielo, me acordé de golpe de dónde estaba el cuadro eléctrico, debajo de la escalera interior que subía al primer piso. Moví una palanca y casi me sorprendió comprobar que la luz no estaba cortada. Fui luego al cuarto de mis padres y abrí el armario empotrado del que me había hablado mi madre. Detrás de la ropa colgada, detrás de la hilera de zapatos, encontré una maleta de pie y apoyada en la pared: dos hombros de cuero que se enfrentaron con los míos. ¡Me estaban esperando!

Saqué la maleta de su fortaleza y la arrastré hasta la cama paterna, a la que la subí con mil trabajos; luego la abrí como un libro antes de descalzarme para sentarme ante ella como un escriba y poner un almohadón muy grande contra la pared para

apoyar la espalda, prometiéndome no moverme de allí hasta las claras del alba.

Empecé por sacar los papeles viejos, uno tras otro, agarrándolos medrosamente por las esquinas haciendo pinza con los dedos. Los veinte o treinta primeros me los leí de cabo a rabo, apuntando primorosamente en una libretita, siempre que era posible, la fecha, el autor, el destinatario, el estado de conservación y un resumen del contenido; pero al cabo de dos horas, y en vista del montón que quedaba y parecía intacto, tuve que resignarme a no leer los documentos sino al bies y sin tomar ya nota alguna, contentándome con una somera separación: a la izquierda los que eran de puño y letra de mi abuelo; a la derecha, los que tenían que ver con mi abuela; en un montón próximo, aquellos en que se mencionaba a Gebrayel o su mujer; y, detrás de mí, en la cómoda pegada a la cama, los que se referían a otros miembros de la familia: mis padres, mis tíos y tías, o también Theodoros, el sacerdote. Pero los montones iban creciendo hasta tambalearse. Pero afloraban piezas curiosas que me sentía obligado a separar del resto. Pero aparecían fotos, a puñados, casi todas sin nada escrito, con personajes sin nombre y muchas veces desconocidos, que imponían su propia clasificación. Y, entretanto, la maleta seguía llena en sus tres cuartas partes.

Lo dejé. Y quizá por cansancio, quizá por hambre, quizá por los días de luto, me eché a llorar. De repente, lo que me apetecía era desaparecer en ese mismo instante sin dejar huellas. Notaba como si llevase a costas una carga pesada en exceso de la que mis antepasados se habían desembarazado por turnos, en

aquella maleta; y yo iba a ser el único que no tendría nunca el cobarde valor de quitármela de encima.

Había venido para buscar aquí una llave para mi puerta y veía cómo se alzaban ante mí miles de puertas sin llave. ¿Qué hacer con esta acumulación de papeles viejos? ¡Nunca iba a poder aprovecharlos para escribir nada! Y había algo peor: mientras tuviera esas reliquias cruzadas en mi camino, ¡tampoco escribiría otra cosa!

Tres días después estaba otra vez en París, esperando en el aeropuerto, junto a la cinta de equipajes, que apareciese la maleta de los antepasados. No me había quedado más remedio que hacerla viajar en la bodega, aunque no sin aprensión, pues unos meses antes se me había perdido el equipaje entre Copenhague y Bruselas; y, otra vez, entre Addis Abeba y El Cairo; y otra maleta había llegado despanzurrada a Milán. Pero, pese a todo, estaba convencido de que era la solución menos arriesgada. En cualquier caso, me decía sensatamente a mí mismo, si todo cuanto me había pasado últimamente en la vida tenía coherencia, una vulgar guasa no podía interrumpir el guión en esta etapa.

Cuando salió del túnel la maleta intacta y tuve que tirar de ella y alzarla para colocarla en el carrito, me pareció más pesada que nunca; visto y no visto, la leve preocupación fruto del viaje se esfumó para ceder el sitio a esa angustia más tenaz vinculada a los propios documentos y al uso que iba a darles.

Al llegar a casa, no abrí la maleta en el acto. Con la cabeza revuelta, hecho un lío y por lo mismo ansioso de orden, fui corriendo a la papelería del barrio para adquirir, prosaicamente, archivadores grandes y pequeños, carpetas, álbumes, etiquetas; me hice sobre todo con dos docenas de esos portapapeles que tienen muchas bolsas de plástico en las que se pueden meter documentos dejando visibles ambas caras. Nada más volver con los brazos llenos, decidí salir otra vez para ir a gastarme una suma considerable en una fotocopidora de verdad, diciéndome que iba a tener que andar a vueltas muchas veces con esos testigos de frágiles articulaciones y que más valdría maltratar las copias y cuidar los originales.

Hasta que no me desperté al día siguiente no me sentí lo bastante apaciguado para coger otra vez la maleta de los antepasados. Me concedí una semana para vaciarla como es debido; luego, me tomé dos semanas más; y otras dos, a continuación. Leía, clasificaba, volvía a leer, clasificaba según otro criterio, anotaba algunas respuestas a preguntas antiguas; y, acto seguido, anotaba preguntas nuevas. A veces sonreía, o me indignaba, o enjugaba unas cuantas lágrimas. Vulnerado sin tregua en las añejas certidumbres, y sin tregua inmutado, alterado, indefenso.

Tenía la sensación constante de estar perdiendo pie en medio de todas aquellas misivas de incierto propósito y letra ilegible, sin fecha ni firma muchas veces; en medio de todos aquellos personajes, cuyo recuerdo no perduraba en sus descendientes; en medio de todas esas vidas atomizadas en un polvillo de palabras. ¡Menos mal que algunos nombres conocidos volvían una y otra vez! Para empezar, el de Botros, mi abuelo: estaba

claro que este archivo era suyo, pues la mayor parte de las cartas iban dirigidas a él, a menos que fueran de su puño y letra, y todos esos cuadernos escolares habían sido suyos, como también todas esas hojas sueltas. Lo que había en esa maleta era su vida, su vida entera, volcada ahí en desorden, mezclando todos los años para que algún descendiente suyo la desenredase, la reconstruyese, la interpretase; y yo no podía ya obviar esa tarea. No había ni que pensar ya en «largarle» la maleta a la siguiente generación. Yo era la última estación antes del olvido; después de mí, ya estaría rota la cadena de almas y nadie sabría leer y entender.

Como faltaban todos los testigos, o casi todos, no me quedaba más remedio que ir a tientas, hacer especulaciones y mezclar a veces en mi relación de los hechos lo imaginario, lo legendario y lo genealógico: una amalgama que habría preferido evitar. Pero ¿cómo contrarrestar de otra forma el silencio de los archivos? Cierto es que esa ambigüedad me permitía, de propina, reservarle a mi pudor filial un territorio propio en la que protegerlo, y también encerrarlo. Sin esa libertad de embrollar algunas pistas y velar algunos rostros, me sentía incapaz de hablar en primera persona. Pues tal es el atavismo de mi gente, que no habría conseguido cruzar por tantos siglos hostiles si no hubiera aprendido a ocultar el alma tras una máscara.